



Seix Barral

David Coventry

La milla invisible





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Coventry

La milla invisible

Traducción del inglés por
Íñigo F. Lomana

Título original: *The Invisible Mile*

© David Coventry, 2015

© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3258-9

Depósito legal: B. 11.925-2017

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Sospecho que ninguno de nosotros había anticipado la visión de tantos miles, todas esas caras y los cuerpos que están detrás de ellas. Esos cincuenta mil ojos, marrones, azules, pardos, todos atentos. Estoy sentado en el sillín mientras Harry sujeta la bicicleta. Es alto y está junto al manillar, mirando por encima de mis hombros. Sus propios ojos parecen algo distantes, enrojecidos por el café, el azúcar y un centenar de elucubraciones caprichosas. Los adoquines hacen la espera incómoda: temo que mi bicicleta vaya a volcar antes de que salgamos, haciéndome parecer un imbécil ante millares de parisinos. Pregunto la hora, pero nadie me contesta. Es la hora señalada para que el Tour dé comienzo y eso es todo lo que sabemos. Nuestra salida está prevista para las 9.20; cuándo llegará ese momento es algo que no sé. Harry me hace un gesto con la cabeza, pero la mandíbula se le tensa cuando la multitud deja escapar un vendaval de ruidos. Parpadea y el sonido se apaga durante un instante, las caras y las bocas y todos esos ojos brillantes se difuminan, se encogen y resplandecen de nuevo. Ajusto las manetas de los frenos. Hago el cambio en posición de carrera. Luego lo vuelvo a cambiar.

Debería hacer calor, pero aún quedan restos de la noche en las sombras y su brisa nos sube por los brazos, por el reguero de nervios que nos abulta la piel. En un balcón por encima de nosotros, una chica preciosa se asoma entre la multitud para tratar de captar la atención de algún ciclista, de cualquier ciclista. Lleva puesto un abrigo, pero tiene seductoramente desabrochados todos los botones que importan. Un miembro de nuestro equipo suelta:

—Puf.

Es Percy, y su acento es áspero, tan áspero que los franceses miran al suelo cuando habla. Está nervioso y palmea a Harry en la espalda. Nadie lo mira a los ojos. Harry no, desde luego, porque yo sé lo que está contemplando cuando mira a la multitud, lo que la mitad de los hombres se están preguntando mientras se preparan.

—¿Cuál es...? —empieza a decir Harry.

—¿Cuál es qué? —respondo.

—¿Sabemos...? —Pero se interrumpe de nuevo, dejando que su voz se apague.

Todo ese ruido, esa catedral de sonido que es el Tour... Ha salido otro equipo. Cada uno de nosotros espera su turno suspendido sobre el ruido atronador de la ciudad.

Me quito la gorra en dirección a la chica. Parece estar gritando algo. Les sonrío a todos. Harry me pregunta cómo se llama. Pero entonces la multitud ruge de nuevo. Como una ola, el sonido parece desplazarse y aumentar, marcando un nuevo máximo en su subida. Tuerce el cuello y me da un codazo en el costado. Asiento y veo lo que está mirando. Todos percibimos la corpulencia de los ocho ciclistas no profesionales que están al fondo, a punto de empezar a calentar. A algunos los reconozco. Fran-

çois Louvière está entre ellos. Me quedo en silencio. Como la multitud. Lo veo estirar las piernas.

Harry está mirando de reojo otra vez. Le presto atención porque creo saber lo que está pensando, lo que está haciendo: se está preguntando si ha caído la noche sobre su hogar; se está preguntando qué habrá ahora encima de la mesa de esa casa al final de la carretera, al comienzo de la llanura, porque en el lejano sur ha llegado ya esa hora. Está pensando en la habitación donde su mujer aguarda junto al apagado rumor que hace una olla al hervir. Sé lo reconfortante que pueden resultar esos pensamientos para alguien asustado por el ruido, por el amasijo sonoro de murmullos que se convierten en llamadas y en gritos y en lamentos. Nos tiene rodeados, se nos cuele por debajo de la camiseta y nos sube por la piel. La soledad te golpea inesperadamente, y entonces te vuelves y miras alrededor e intentas recordar cómo son la comida y la bebida, el amor y la tranquilidad. Lo sé porque todos le tenemos miedo a ese ruido.

—¡Eh! —le grita Percy a la chica.

Ella da un respingo, pero sonrío. No tenemos ni idea de cómo deben de sonar en el corazón de París tres australianos y dos neozelandeses. Y digo París aunque en realidad estamos en las afueras de Le Vésinet, pero aun así toda la ciudad ha venido hasta aquí.

Ernie Bainbridge bosteza. Empieza a tararear una canción, pero Percy lo interrumpe, o ya lo estaba interrumpiendo, porque nunca ha dejado de hablar del todo. Es un monólogo histérico, entre serio, cómico y dubitativo. Palabras que ya había dicho antes, antes de que partiéramos hacia Bruselas, cuando zarpamos de Perth en aquel amanecer del mes de marzo. Las mañanas y Percy Osborne.

—Nos vamos a hundir —dice.

—Eres una nenaza histérica —responde Ernie.

—Un puente se abrirá y todos vosotros os caeréis, capullos. Yo no estaré allí, habré abandonado.

Harry se ríe y abre la boca.

—Se te ve nervioso —digo.

—Tienes toda la razón, lo estoy —dice Percy—. Estoy nervioso. Y me siento asqueroso. Asquerosamente nervioso.

Esta repetición parece funcionar, parece ayudarnos a reunir cierta resolución que antes no pude percibir, porque se pone a silbar a la chica, se quita la gorra y se queda esperando mientras ella nos lanza a todos un beso. Sonríe de oreja a oreja, pero en esta ocasión soy incapaz de determinar si su sonrisa es un regalo secreto destinado a Harry, a Percy, a Ernie y, por supuesto, a Opperman, que está embobado escuchando en completo silencio, o si es un regalo dedicado a la totalidad del espectáculo que debe de estar contemplando desde allí arriba: el brillo de decenas de miles de personas.

—¿Sabemos —dice Harry— qué...?

—¿Qué señal nos van a hacer? —pregunto, y Harry asiente.

—¿A quién? —pregunta Percy.

—A nosotros. ¿Qué señal nos harán para que empecemos?

—¿Hubert? —dice Harry, y al volverse se encuentra con Opperman, que está concentrado mirando la cinta de su manillar.

—¿Cómo sabremos cuándo empieza la carrera? —pregunta Percy.

Opperman abulta el labio inferior y se encoge de hombros.

—Ni idea, Percy. Cuando hayamos empezado te lo haré saber.

Percy murmura algo, dice algo en una media voz que no parece del todo la suya.

—Esperábamos a un capitán y nos han enviado a este cadete inexperto.

Tiene el ceño fruncido y parece estar cavilando, preguntándose de dónde ha podido salir esa voz: si es la de uno de esos carniceros de la calle, o la de un buscador de oro arruinado que vende sellos y periódicos en una estación o, tal vez, la de algún familiar suyo que ya estuvo aquí. Parece como si le hubiera cogido por sorpresa esta repentina necesidad de ser otro para poder ser él mismo.

—Esto no es el Sinaí —le digo.

—Querrás decir el Somme.

—A la mierda con el Somme.

—¿Vamos a ir al Somme? —pregunta Harry.

—¿Oppy?

Nuestro jefe de filas niega con la cabeza en dirección a Ernie Bainbridge, que, a su vez, asiente.

—Me parece que no —dice.

—Que alguien haga más saltos con los brazos extendidos —dice Percy, a lo que Opperman responde sonriendo mientras se inclina para ajustarse los calapiés, que no necesitan ajuste alguno.

Un juez nos hace señas para que nos acerquemos un poco más a la línea de salida, y el público emite un sonido que parece una ola a punto de romper; sabemos que uno de los favoritos acaba de salir. Nos miramos preguntándonos cuál de los preferidos habrá empezado. Monsieur France nos grita desde arriba. Es nuestro director de equipo y nos habla sin pronunciar una sola palabra en

inglés. Mister France. Hemos hecho apuestas sobre cuál puede ser su nombre.

—¿Qué dice? —pregunta Percy.

Pero sabemos que lo que diga no tiene la menor importancia, no con este ruido. Lo que necesitamos saber nos lo dice su mirada, y lo que nos está diciendo es que somos los siguientes, los siguientes en avanzar hacia ese aullido que emite la ciudad cuando a los hombres se los pone en libertad.

Fuimos invitados a Les Loges-en-Josas por el Club Ciclista de Le Vallois. Tuvimos que alojarnos en una de las buhardillas porque los chalets estaban abarrotados por los miembros del equipo olímpico francés. También ellos, esos hombres máquina, estaban allí para entrenar. Sus movimientos en la pista eran asombrosos. Los observábamos por las mañanas bajo la niebla antes de que nuestros propios entrenamientos nos condujeran a la carretera para cubrir cualquier distancia desde los cuarenta hasta los sesenta o noventa y cinco kilómetros. Circulaban por la pista igual que lo hace una cadena por los piñones, con naturalidad, como si su velocidad estuviera hecha de una furia silenciosa. Intentábamos imitar su posición encorvada sobre el manillar, pero Monsieur France nos recolocaba en los sillines para que tuviéramos el culo en su sitio.

Una furia silenciosa. Ésas son las palabras que Harry empleó una mañana lluviosa en Versalles y que me hicieron reír mientras caminábamos por aquellos terrenos no demasiado lejanos de nuestro alojamiento.

Los efectos del mar se dispararon después de semanas de intensa concentración y abnegada entrega. En las ha-

bitaciones hervíamos agua con unas hojas de eucalipto que Percy Osborne había guardado en su mochila y nos cubríamos la cabeza con toallas para inhalar el vapor. Nuestras fosas nasales estaban congestionadas por el frío y por el resto de las dolencias que habíamos contraído al llegar. Bainbridge estaba especialmente afectado. Tenía problemas de estómago y nos veíamos obligados a parar a menudo para que vomitara el desayuno que había tomado a primera hora de la mañana. Un espectáculo que se repetía a menudo: Ernie Bainbridge con los dedos en la boca, tosiendo entre arcadas junto a una acequia a un lado de la carretera. Cuando pasaba por aquellos trances, le gustaba que lo dejáramos solo. La privacidad era algo que se defendía con uñas y dientes.

Se bebían el café a cafeteras y se miraban las manos temblorosas. Yo recibí de Londres algunas cartas de un miembro de mi familia con el que tenía tan poca relación que costaba saber si nos unía algún vínculo; su nombre lo habría visto escrito una docena de veces, el de los hombres a los que veía competir, cientos.

Íbamos a algunas carreras, como la clásica Burdeos-París, y también a las pistas. Ciclistas excepcionales, tanto como las formas que componían cuando estaban en grupo. Intentábamos imitar su pedaleo sincronizado, cada golpe de pierna acompasado al del hombre que teníamos delante y al del que teníamos detrás, el cuerpo inclinado hacia delante, la *cadence*. Logramos dar con una velocidad estable. Me hice con algo de ropa en una tienda de la ciudad. Compré una boina. Mis compañeros se rieron de mí, pero pronto ellos también sintieron la misma necesidad de pasar desapercibidos cuando había demasiada gente. Sí, imitábamos a los franceses, porque eso era lo que teníamos que hacer para sobrevivir. Las posturas al

sentarnos, la posición de la cabeza. Fuimos presentados al público en un evento deportivo que duró seis días. Dimos una vuelta en una pista cubierta y saludamos mientras los hombres y las mujeres gritaban. Opperman dijo que éramos una bendición para el ciclismo francés, extranjeros de un tipo verdaderamente exótico.

Apagábamos las luces a las nueve y media. Por la noche podía oír a Bainbridge hablando en sueños.

Nos levantábamos a las seis para montar otra vez y para dejar que se rieran de nosotros los franceses, a quienes nuestra presencia allí les proporcionaba algún tipo de diversión cruel. Señalaban nuestras bicicletas desfasadas y nuestros neumáticos, y pronto nos vimos obligados a comprar unos nuevos. Unos estrechos y especiales para la carretera que no habíamos visto nunca antes de llegar al continente. Compramos también manillares nuevos para poder colocar la espalda como los franceses. Encontramos una nueva cadencia, y cuando entrenábamos con el equipo olímpico, en las jornadas más largas podíamos igualar su velocidad. Una vez se pasaba la marca de los cien kilómetros, Harry y Opperman eran capaces de aumentar nuestra ventaja. Pedaleábamos con concentración. Nuestra forma física nos había convertido en máquinas a la altura de las bicicletas nuevas que más tarde nos daría la organización del Tour. Unas bicicletas a las que sólo nos acostumbremos después de dos semanas de puesta a punto para que se acomodaran a nuestros cuerpos y a las peculiaridades de su forma y estado.

Al principio, yo no confiaba en mi nueva máquina, ninguno de nosotros lo hacía. Todo se desajustaba: el manillar se torcía, el sillín se giraba cuando pedaleábamos con fuerza. Nos llevó dos semanas dejar las bicis preparadas para la carretera. Y, cuando al fin lo hicimos, volaban.

Harry escribió a casa quejándose. Escribió a O'Shea, el antiguo campeón, que, después de ganar su primera Timaru-Christchurch apenas dos años antes de que yo participara en ella por primera vez, lo había apadrinado y trabajaba como mecánico para poner a punto sus máquinas. Transmitía sus quejas por carta. Nos las leía en alto en la buhardilla antes de enviarlas. Nosotros asentíamos entre murmullos.

Paseamos por París y yo me quedé maravillado de que fuera tan parecido a como había dicho mi hermano que sería: grandes avenidas y callejones, estatuas ecuestres de héroes impertérritos y un millón de ventanas con postigos en las que temblaban los reflejos de una luz perfecta. Alrededor de todo ello estuvimos pedaleando en un largo atardecer mientras intentábamos hacernos con las bicicletas.

Disputamos nuestra primera carrera de competición entre París y Rennes. Todavía era mayo, primavera, una estación aderezada con aguanieve y granizadas invernales. A las dos de la madrugada ya estábamos pedaleando. Nos encorvamos y nos escapamos del pelotón. No estábamos allí para ganar, sino únicamente para entrenar y participar, pero de repente nos vimos los cinco en cabeza. Al cabo de cinco minutos, ya estábamos lanzando miradas por encima del hombro. Los franceses holgazaneaban y se dejaban arrastrar por un ritmo que se parecía mucho al de una excursión veraniega a través de caminos umbríos. Una cultura relajada.

Redujimos la velocidad y sentimos cómo nos engullía el pelotón. Nos acomodamos a su ritmo y escuchamos sus conversaciones. Aquellos portentos físicos con sus cuerpos inmaculados y sus máquinas perfectamente ajustadas hablaban como si fueran de camino a la taberna

del pueblo. No paraban de hablar. Me quedé observando a Harry mientras escuchaba, sus ojos saltaban de ciclista en ciclista a medida que las risas se contagiaban y las historias se compartían. Opperman quería adelantarse, pero, por alguna razón, se dio cuenta de que todo aquello no era más que una treta, un juego de aguante. Pedaleábamos junto a algunos de los grandes, como André Leducq, el argelino François Louvière o el luxemburgués Nicolas Frantz, actual campeón del Tour. No eran más que unos tipos corrientes hasta que uno de ellos, Leducq, el campeón francés de ciclismo en ruta, pinchó y el resto de los treinta y un ciclistas se volvieron locos, empezaron a morderse el labio inferior y salieron pitando. Nos fuimos con ellos. De pronto era una carrera. Hombres que se convertían en ríos de sudor a medida que sus músculos se soltaban y se tensaban y se convulsionaban. Las conversaciones se acabaron, todos se concentraron en la carretera. Los líderes se relevaban y dejaban que otros se les pusieran a rueda durante unos pocos minutos antes de descolgarse y permitir que alguien más tomara la cabeza del grupo. Nosotros les seguíamos el ritmo. Después de cuarenta minutos, Leducq volvió a unirse al pelotón y entonces el ritmo bajó y las conversaciones se reanudaron. Con las manos levantadas de los manillares, los hombres gesticulaban en señal de protesta o de asentimiento. Una hermandad de ciclistas en dirección suroeste hacia Bretaña. Escuché a Louvière hablando en árabe y me resultó familiar.

Quedé en decimonoveno lugar, un puesto por detrás de Harry, once por detrás de Oppy. Él había hecho una carrera estupenda y lo sacaron en los periódicos. *L'Auto*, los propietarios del Tour, mencionaron nuestros nombres.

Continuamos hacia Bruselas con la gripe en lo más profundo de mi cuerpo. A Harry se le aflojaron los conos del buje y tuvo que abandonar la carrera para que se los ajustaran. Para cuando se reunió conmigo, Oppy había desaparecido. Se había pegado a Nicolas Frantz y se había escapado con él. Yo estaba fatal, escupiendo flemas. Harry era un rodador. La velocidad errática de los europeos difería tanto de su gusto como de su técnica, y nos quedamos rezagados en la cola hasta que tuve que retirarme antes de llegar a la frontera. Volví a Versalles en tren. Durante el viaje, iba como flotando de alivio, hundíendome por el traqueteo en un estado que no había experimentado desde que me uní a aquellos hombres en el pelotón, una especie de calma. Calma, al darme cuenta de que no estaba preparado para montar en bici tan al norte, no aún. Cuando llegué al club al final de la tarde, me enteré de que Opperman había quedado tercero.

Le hicieron una foto para *L'Auto*. Fuimos felicitados y homenajeados de las maneras más peculiares.

Cuando el equipo regresó, nos reunimos e hicimos una celebración en su honor. Compramos la mejor comida que nos podíamos permitir. Algunos de los ciclistas franceses se unieron a nosotros para beber vino, lo que hizo que mi corazón se llenara de orgullo. Los franceses que quisieron acompañarnos nos dieron conversación con su inglés chapurreado. Fue divertido para todos y, como recompensa, Harry y Oppy pudieron poner a prueba su triste francés. Hablamos hasta que al amanecer el vino nos llevó a las calles. Nos preguntábamos si estaríamos preparados. Nadie tenía una respuesta.

Esto ocurrió en mayo. Ahora estamos en junio. A 17 de junio de 1928, y yo intento convencerme de que tengo que despertar.

Harry comprueba las cámaras de repuesto que lleva enrolladas alrededor del cuerpo como si fueran extrañas anguilas. Tenemos cuatro. Más de cuatro pinchazos y nos veríamos obligados a descoser la cubierta de lona dentro de la cual va la cámara y a usar pegamento y parche antes de volver a coserla. Habíamos oído historias de tipos que sobornaban a las modistas locales para que hicieran ese trabajo y no los denunciaran a los jueces que pululaban por la carrera, ansiosos por añadir minutos al contador de algún corredor y devolverlo al pelotón con una advertencia. Recuerdo las historias que se contaron aquella noche después de lo de Bruselas. Disputas entre ciclistas y jueces. Pienso en ellas y busco entre los ciclistas a sus protagonistas, convencido de que todos han de estar aquí, incluso si no participan. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuál puede ser su aspecto, aunque me he inventado rostros que poner a sus cabezas. Así que me pregunto: ¿a quién pertenecen los recuerdos de los que están hechas estas celebridades? Porque está claro que no son reales. Todos ellos parecen estar a una eternidad de distancia, aunque sé que no es así y que lo único que me separa de ellos es la caída de una bandera, o cualquiera que sea la señal con la que se nos indique el comienzo de esto. Para cuando eso suceda, todos estaremos juntos en esta carrera, en todos sus pasados y en este presente, cada uno súbitamente expuesto ante los demás. Llevamos unas camisetas a juego de color azul oscuro con una banda verde. A quién o qué representan esos colores es algo que nadie nos ha dicho.

Empiezo a concentrarme, ignoro lo que ocurre en los márgenes de mi visión y me centro en la posición que

adopta mi cuerpo sobre el cuadro de la bici, en el ajuste de los ángulos que forman mis articulaciones, todos ellos esenciales, casi más que los órganos que contienen. En realidad, todo lo que necesitamos es un corazón que bombee y unos pulmones que respiren, todo lo demás es un lastre. Pronto seremos motores. Pronto seremos criaturas voladoras, águilas, murciélagos, elegid el que más os guste. Gorras blancas y gafas protectoras, bocas llenas de mosquitos y polvo.

Salimos diez minutos antes que la cuadrilla de los ciclistas no profesionales, cuarenta después que el Alcyon-Dunlop. El juez de salida hace un gesto con la cabeza, empieza la cuenta atrás y nos indica a los cinco que nos pongamos en marcha. Parece que al fin hemos conseguido salir de Nueva Zelanda.

A pesar de ello, mis piernas no responden. Voy en punto muerto, con las extremidades inertes moviéndose por el mero impulso de las ruedas. Ernie se vuelve y me ve sufriendo. Mueve los labios, lo oigo tan claramente como si su boca estuviera junto a mi oído. Me encojo de hombros y me grita. No sucede nada, salvo esa lenta inercia que procede del empujón que Monsieur France me ha dado en la espalda. Es como tener mariposas en los muslos moviéndose lentamente. El público grita. No ocurre nada, y parece que nada va a ocurrir nunca. Soy un bote a merced de la corriente en mitad del estruendo de las olas y los gritos de los náufragos. Soy una ola que no rompe. Me muevo, pero es un movimiento extraño que nada puede contra el ruido informe, el estruendo de filas y filas de bocas vociferantes. ¿De quién son esas caras que veo? Los busco a ellos, a la familia, a los amigos. Pero, por supuesto, no veo a ninguno, al menos hasta que diviso un

pañuelo enroscado en el cuello de una mujer. Es amarillo y resplandeciente. Harry se desvía hacia el exterior, su bici sigue la dirección de la mirada que lanza por encima del hombro. Veo al director de nuestro equipo gritándome, corriendo a nuestro lado mientras grita. Le hago una mueca. Lentamente, con un curioso despertar, mis piernas empiezan a moverse, llevando la energía desde mis muslos hasta la carretera. Harry dice algo y pronto me veo siguiéndolo como siempre he hecho.

Alguien. Alguien en lo más profundo de la multitud se ríe y, durante un instante, me uno a su risa.

Como dicen los ángeles, aleluya.

Ahora circulamos calle abajo, las luces del amanecer relucen sobre el acero verde. Nos encontramos ante la mirada de miles de personas. Me cuesta calibrar cuántas son e intento hacer cálculos en mi cabeza. La costumbre de un matemático aficionado; me cuesta desprenderme de esa tendencia a numerar las cosas. El aire sigue denso por el estruendo. Estamos dentro de un caparazón. Los niños gritan, aunque dudo que sepan quiénes somos o qué es lo que estamos haciendo. Gritan por el mero placer de gritar, esas contorsiones faciales que les permiten unir su aliento al de otros (sus padres, sus hermanos, sus amigos, hasta que cada una de las personas que hay detrás de cada mano levantada forma parte de ese estruendo). Es tremendo y sé que a todos nos pasa, que a todos nos atterra esa ruidos. Está en todas partes, a nuestro alrededor, así que decidimos ignorarlo. Pedaleamos hacia un silencio que sólo nosotros sabemos cómo confeccionar.